

Jorge de Nicomedia (1), á fin de reparar el nuestro que estaba caído. ¿No es esto haber perdido el juicio, ser enemigo de sí mismo y conspirar de propósito deliberado á su propia ruina? Ese furor sería en verdad mas disimulable en los enemigos del nombre cristiano ó en los que por desesperacion se han salido del aprisco de Jesucristo; pero ¿qué perdon pueden esperar los domésticos de la fé y los hijos de la iglesia, cuando arman contra sí á la iglesia misma, la cual está obligada por tantos y tan reiterados juramentos de fidelidad á defender la honra de su medianera? ¿De quién aguardan gracia despues de haber ofendido á la madre del rey que ha de darla? ¿Qué esperanza les queda de reconciliacion, cuando destruyen la puerta de la salvacion é insultan tan afrentosamente á la madre de toda misericordia? Haré patentes sus blasfemias en el capítulo XX, cuando lleguemos á las victorias que ha conseguido de los blasfemadores de su nombre.

§. VII.—Primera victoria de la madre de Dios alcanzada de los demonios, enemigos de Dios y suyos.

I. Bastante ha resonado ya el grito de triunfo del infierno. Tiempo es de que aparezca la madre de Dios, pues el enemigo se adelanta con banderas desplegadas, y el arrogante Goliat se mofa de las tropas de Israel. El primer regimiento es el de los demonios, capitaneados por el principe maligno. Sus caras son feroces, sus gritos espantosos, su insolencia insoportable, y cualquiera diria al verlos que ya han ganado la victoria. Pero ánimo, que el cielo viene en nuestro auxilio y nos envia la Virgen como una guerrera invencible, que marcha al frente de

(1) Orat. de oblatione Deiparæ.

los hijos de la luz y se va en derechura á este primer escuadron. Ve aquí cómo habla S. Juan Crisóstomo en la homilia 46 sobre S. Mateo: «Veo un recio combate que se prepara entre la mujer y la serpiente, y por las apariencias no puedo juzgar otra cosa sino que la refriega será terrible y la batalla sangrienta. Los ejércitos están frente á frente: cada cual acecha á su enemigo; y todos se aprestan para dar el asalto. La mujer vigilante acecha la cabeza de la serpiente y se pone en defensa contra ella: la astuta serpiente por su parte guarda la cabeza y trata de clavar su lengua en la mujer. Dios está esperando el resultado de la pelea y se regocija de ver quebrantada la cabeza de la antigua serpiente. Ya vienen á las manos; pero dejemos obrar á María, y pronto veremos que el soberbio enemigo siente el peso de su brazo. Por eso S. Pedro Damiano la llama justamente el único espanto de los demonios y la vara de hierro que los contunde y ataja sus planes horrendos (1).

Primera y segunda particularidad de este combate.

II. Los historiadores que han escrito las victorias de los grandes capitanes, han procurado notar las singularidades mas dignas de mencionarse. Si yo quisiera detenerme en todas las particularidades de las victorias de la virgen María, tendria materia para hacer alarde; pero me contentaré con tres. El abad Ruperto señala la primera (2) cuando dice que hay grandisima diferencia entre la victoria que la serpiente ganó á la primera mujer, y la que consiguió de ella la segunda, porque Eva fué cogida á traicion; pero María venció en guerra declarada. Dios mismo en el principio del mundo retó á la serpiente y le di-

(1) Serm. de Assumpt.

(2) De Trinit. lib. 3, c. 2.

jo que una mujer le quebrantaria la cabeza. Esta mujer no es otra que María, á quien estaba singularmente reservada la derrota de la antigua serpiente, como dice S. Bernardo (1). Y aunque algunos santos padres con los Setenta entendieron el pasaje del Génesis del Salvador del mundo segun el artículo masculino que habian hallado en sus libros, no obstante S. Ambrosio (2), S. Agustin (3), el Crisóstomo (4), S. Gregorio (5), S. Euquerio (6), el abad Ruperto y otros muchos, ó por mejor decir, comunmente los doctores católicos con la version comun le han interpretado de la madre de Dios; de suerte que habiendo tenido el enemigo mas de cuatro mil años para acicalar sus armas y aguerrirse y estando seguro de la venida de la que habia de pelear contra él, no puede alegar sorpresa, sino que tiene que confesar necesariamente haber sido vencido por su pura debilidad y cobardía.

III. La segunda particularidad comprende otras varias, y nos manifiesta de qué manera fué vencido por María el que se decía principe del mundo y se hacia adorar por tal. En primer lugar ella le venció en la persona de su hijo. Aquí confieso que debo un precioso pensamiento al santo mártir Metodio, cuando dice que la virgen María dando el cuerpo al Verbo encarnado le armó al mismo tiempo de pies á cabeza para embestir á nuestro enemigo, porque el Verbo no quiso bajar á campo cerrado y provisto de las armas reales de Saul, es decir, echarle por tierra con su poder, sino que prefirió tenderle á sus pies con las armas de nuestra flaqueza, para que se viese derribado con el mismo instrumento con que habia herido al

(1) Hom. 2 in *Missus*. Iræ-
næus, lib. 4 contra hæreses, ca-
pítulo 78: Cyprian. lib. 4. Testim.
cap. 98: Chrysol., serm. 472:
S. Leo, serm. 2 de Nativit.
(2) Lib. de fuga sæculi, c. 7.
(3) Lib. 2 de Genesi ad lit.
c. 49.
(4) Hom. 48 in Genes.
(5) Lib. 4 Moral., c. 48.
(6) Lib. 2 in Genes. c. 38.

primer hombre, como dice gravemente S. Leon papa. No quiso derribarle por fuerza, dice S. Agustin, sino que prefirió combatirle con su justicia, y el medio de que se valió para causarle la muerte, fué recibirla de su mano, porque á medida que el enemigo se precipitaba sobre él, fué derribado en tierra; cuando creia tenerle sujeto, fué aprehendido, y figurándose habérselas con un hombre mortal, halló haber caido en las manos del Salvador de los hombres. Los clavos con que le traspasó las manos, sirvieron para clavarle en la cruz que le habia sido preparada, y las llagas del cuerpo pasible del Redentor fueron las heridas incurables de las potestades del inferno. Queriendo el Salvador poner manos á la obra de nuestra salud, dice S. German de Constantinopla, no trató de proveerse de otras armas que de las de su propio enemigo: el barro que habia servido para sus tripliceras, se empleó para combatirle, y la levadura con que lo habia corrompido todo, fué la que volvió el gusto á la naturaleza corrompida. «¿Qué mas se quiere? dice S. Marcario de Egipto: así como Moisés con una serpiente muerta mató todas las serpientes que quedaban vivas, así el principe de la vida perdiéndola dió la muerte á todos sus enemigos.»

IV. El profeta Isaias representó enigmáticamente esta victoria del Salvador diciendo que vendria con la espada empuñada en las dos manos para combatir á Leviatan, el cual habia sido hasta entonces la palanca que despachurraba á las naciones de la tierra, y contra la serpiente enroscada que habia engañado al mundo con sus pliegues y repliegues, y que él daría la muerte á la monstruosa ballena, terror del mar; ó como leen los Setenta, que el Señor descargaría grandes golpes con su espada santa, larga y fuerte sobre el astuto y horrible dragon. Con efecto Tertuliano, S. Basilio, S. Agustin, san Cirilo de Alejandria, el abad Ruperto y unánimemente

todos los padres entienden por esta espada la sacratísima humanidad del Redentor, espada muy santa por el temple de la unción interior del Espíritu Santo, por el poder del Verbo divino que la manejaba, y por las grandes hazañas que ejecutó; espada muy larga, porque alcanza á todas partes, y muy fuerte, porque nada puede resistírsele. Si fuera este el lugar de mostrar detenidamente cómo aquel furioso enemigo fué enfrenado y vencido por el Salvador; ¡cuántas cosas alegraría yo para memoria eterna del vencedor y confusion del vencido! Baste decir que de tal suerte le humilló el Señor, que no solo le postró á sus pies, sino que hizo que le pisaran sus siervos y le llevaran tras el carro del triunfo doncellas, niños y personas de todas edades y condiciones.

V. En segundo lugar la Virgen le venció por sí y en sí. Le venció en su inmaculada concepcion, segun declaró en el tratado primero: le venció en su infancia, porque siendo todavía pequeña y estando en los brazos de su madre, ya causaba espanto á los demonios, como observa S. Juan Damasceno. Le venció en toda su vida, en sus pensamientos, palabras y obras, y como dice S. Fulberto, obispo de Chartres (1), le quebrantó la cabeza cuando venció sus tres principales sugestiones y clavó sus tres grandes piezas de artillería, atajando la soberbia de la vida con su humildad, sofocando el apetito de la sensualidad por su virginidad y quitando el congojoso cuidado de los bienes perecederos del mundo por su pobreza de espíritu (2). Le venció con el ejército de sus innumerables virtudes y la compañía de los espíritus bienaventurados. Hé aquí cómo le habla su amado hijo S. Bernardo (3): Oh santa señora, tú eres tan terrible para los demonios

(1) Orat. 1. de Nativit.
(2) De laudibus Virg.

(3) In deprecatione ad Virg.

como un poderoso ejército dirigido por un capitán hábil y experimentado para un enemigo débil. ¿Quién podrá dudar que los príncipes de las tinieblas se quedaron pálidos de terror, cuando contra la costumbre vieron venir á una mujer armada de todas armas, mujer valerosa y perita en la guerra, que capitaneaba un escuadrón formado de las mas excelentes virtudes, que estaba rodeada de innumerables legiones de la milicia celestial y que habia sido enviada á la tierra para guardar el tálamo del místico Salomón y el aposento preparado al rey eterno? Sin duda el miedo les heló el corazón, y empezaron á decir: Esta es muy diferente de la primera mujer: esta es la capitana de los ejércitos de Dios. Sálvese quien pueda, porque no hay medio de resistirse á ella (1).

VI. Esta Virgen poderosa venció al demonio, porque él no se atrevió nunca á acercarse á ella para tentarla. A mas de lo que he dicho de paso en el tratado primero, tengo por fiador de esta verdad al docto Ricardo de san Victor, á S. Bernardino de Sena, al abad Ruperto y al emperador Mateo Cantacuceno. Ve aquí cómo habla el primero: «La Virgen santísima se mostró tan terrible á los príncipes de las tinieblas, que nunca se atrevieron estos á insultarla. La llama de caridad que ardia en su pecho, los espantaba. El fuego de su oración, el fervor de sus de-

(1) Adición de la madre *Maria Jacoba de Blemur*.—«Ella reparó en su persona la deshonor que la hermosura de las mujeres habia hecho á Dios, y esta prenda, que era un instrumento de malicia de que se valió el demonio, fue puesta en la Virgen fidelísima para atraer las almas al amor de la integridad y comenzar á destruir el imperio del pecado y de Satanás. En el antiguo testamento hallamos dos mujeres ilustres célebres por su hermosura, Judit y Ester, y la Escritura nota que sus gracias fueron honradas por Dios, el cual se valió de ellas para arruinar á los enemigos de su pueblo; y en esto mismo fueron figuras de la Virgen santísima, cuya hermosura sirvió para librar á los hombres de la esclavitud del pecado.»

vociones y la exención de toda especie de pecado los atormentaba sobremanera (1).» El segundo declara esto con una bella comparacion diciendo que asi como las moscas no se atreven á acercarse á una gran hoguera, del mismo modo los demonios viendo inflamada el alma de la Virgen en ardentisima caridad no solo no eran osados de llegarse á ella, sino ni aun de mirar de hito en hito á su alma benditísima, que era el santuario de tantas virtudes (2). Añade que si vemos que este privilegio se concedió á algunos santos despues de haber peleado porfiadamente con los demonios y conseguido de ellos muchas victorias, infinita menos dificultad debemos de tener en concederle desde el principio á la madre de Dios, pues los primeros pasos que dió en el camino de la virtud, excedieron los mayores progresos de otros. Explicando el abad Ruperto estas palabras de los Cantares: Tienes ojos de paloma, amada mia: dice (5) que así como la paloma que anida en la parte mas alta de las casas, se burla de las serpientes que andan arrastrando por la tierra, de la misma manera la Virgen á causa de su singular santidad y del privilegio especial que habia recibido de Dios, no temió nunca las asechanzas de la serpiente infernal. En fin el devoto emperador de Oriente comparando la madre de Dios con la torre de David, que ponía espanto á los enemigos del pueblo judío, afirma (4) que de la misma manera la Virgen ahuyentaba á los enemigos invisibles de su salud; de suerte que nunca tuvieron valor para acometerla. A este propósito me atreveré á indicar un pensamiento que me ocurre sobre la doctrina de la mayor parte de los antiguos padres, los cuales enseñaron que entre otras excelentes razones por

(1) Part. 2, cap. 26 in Cant. (3) Lib. 3 in Cant.
 (2) Tom. 2, serm. 54, art. 2, (4) In cap. 3 in Cant.
 c. 2.

las cuales quiso Dios nacer de una Virgen, una fué que su concepcion y natividad estuviesen ocultas á los principes de las tinieblas. Así pensaron S. Ignacio mártir (1), S. Gregorio Taumaturgo (2), Origenes (3), S. Basilio (4), S. Gerónimo (5), S. Juan Crisóstomo (6), S. Juan Damasceno (7), S. Ambrosio (8), S. Bernardo (9), el abad Ruperto (10) y santo Tomás (11). No obstante esta razon es enérgicamente contradicha por el docto Abulense (12) y por algunos buenos teólogos, y Maldonado halla tanta dificultad en ella, que por no contradecirla prefiere hacer gala de ignorarla. Los otros dicen: ¿no era una cosa fácil á Satanás que penetra las causas y los efectos de la naturaleza, tener señales infalibles de la virginidad de María? Pero el que considere atentamente lo que he dicho segun varios y graves doctores, convendrá en que no era imposible que fuese engañado en la Virgen, porque se le habia quitado la facultad de acecharla, así como el permiso de solicitarla para el mal.

VII. Finalmente María le venció en su muerte, porque si él no se atrevió jamás á acercarse á nuestra señora durante su vida, tambien es creible que estuvo muy distante á la hora de la muerte ocasionada por un impulso de su ardentísima caridad. S. Juan Damasceno afirma (13) que las aves de rapiña que infestan el aire, no se pusieron delante de ella cuando remontaba su

(1) Epist. ad ephesios. (9) Homil. 3 in Missus.
 (2) Serm. in Annunt. (10) Lib. 2 de victoria Verbi, c. 19.
 (3) Homil. 46 in Lucam. (11) P. 3, q. 29, art. 4
 (4) Homil. de humana Christi ad 3.
 generatione. (12) Q. 34 in I cap. Matt.
 (5) In cap. I Matthæi. (13) In cap. I Matt.: Orat. 4
 (6) Orat. de Annunt. Virg. de Assumpt.
 (7) Lib. 4 fidei, cap. 15.
 (8) Lib. 2 in Lucam.

vuelo á la mansión celestial. S. Bernardino añade (1) que fué figurada por el arca de la alianza, de la cual leemos en el capítulo XI del libro de los Números que á medida que era levantada en alto, se entonaban las siguientes palabras del profeta David: «Levántate, Señor, y sean destruidos tus enemigos. Los que te aborrecen, no puedan soportar el esplendor de tu rostro.» Así cuando la bienaventurada Virgen fue ensalzada al cielo, quedaron extraordinariamente debilitadas las fuerzas del enemigo y su ejército en completa derrota.

VIII. No se piense que las victorias de la Virgen acabaron con su vida. Como ahora goza de mayor valimiento y poderío ha de tenerse por cierto que todos los días abre grandes brechas en la fortaleza de aquel poderoso armado y desbarata sus planes. Los destruye por la asistencia que da á los pecadores á fin de que recobren la libertad; por las gracias del cielo que proporciona á los justos; por el auxilio que facilita á unos y á otros en el tiempo de la tentación; por el ejercicio de las buenas obras que los hace practicar continuamente; por el cuidado singular que tiene de todos los hijos de Dios; por el amparo que los dispensa á la hora de la muerte, y de otras mil maneras que se declararán mas larga y oportunamente en el tratado tercero, destinado á mostrar las grandezas de su singular bondad.

Tercera particularidad.

IX. La última particularidad de esta victoria consiste en que la Virgen ha abatido de tal suerte á su enemigo, que nunca ha podido este levantarse. El golpe que le tendió en el suelo, le atolondró en tales términos, que

(1) T. 3, serm. 12.

no puede ponerse en pie, y la memoria sola de aquella jornada le hace estremecer de terror y espanto. Pierde el valor y el juicio cuando oye el nombre de María: tan terrible se ha hecho esta á todo el imperio del infierno. San German de Constantinopla protesta (1) que por crueles que sean los demonios en la persecucion de las pobres almas, tienen que soltar la presa al oír el nombre de María. Santa Brígida afirma que aunque sean como aves de rapiña encarnizadas en seguir la presa, les es forzoso soltarla con solo que se hable de María. El seráfico doctor S. Buenaventura sostiene despues de S. Bernardo (2) que no se asusta tanto un puñado de gente de ver caer sobre sí un grueso ejército, como se espantan estos espíritus rebeldes por el nombre, la asistencia y el ejemplo de María, y que no se derrite mas pronto la cera con la proximidad del fuego que se consumen ellos con el recuerdo de nuestra señora. Explicando el docto Guillermo de París estas palabras del capítulo primero de los Cantares: «Amiga mia, te asemeje á mi caballería en los carros de Faraon;» dice resueltamente que ella sola amedrenta mas á la cuadrilla infernal que las huestes del Dios de las batallas compuestas de tantos millones de espíritus gloriosos.

X. Por este motivo la iglesia guiada por el Espiritu Santo implora tan á menudo el eficaz auxilio y la fortaleza del brazo de María en los exorcismos contra los demonios, llamándola la vencedora y triunfadora de ellos y la que los ahuyenta con un soplo. Dionisio el cartujo, devoto siervo de la Virgen, advierte (3) como cosa averiguada y confirmada por la experiencia de muchos que uno de los medios poderosos contra el terror pánico, el miedo nocturno y la importunidad de los es-

(1) Orat. in zonam Deiparæ.

(3) Lib. 3 de laudib. Virg.,

(2) Specul. Virg., cap. 3.

art. ultimo.

piritus rebeldes es la invocacion cordial del nombre de Maria, al cual no pueden resistirse acordándose siempre de la vara que los afrentó, de la mano que los refrenó, y de la jornada en que quedaron derrotados irremediablemente. Tenemos un ejemplo memorable de esto en la vida de santo Domingo. Cuando el enemigo de los hombres empezó á sentir el estrago que le causaban en todas partes los hijos de este insigne siervo de Dios y de Maria, los embistió tan reciamente por sí y por los suyos, en especial en París, que á los unos les parecia tener la cabeza ardiendo, á los otros que veian delante dragones vomitando llamas y otros diferentes animales acometiéndoles con cuernos. Asi aquellos espectros quitaban el sueño á los mas y la tranquilidad del ánimo á todos. El permiso que Dios concedió á los espíritus malos, llegó hasta el punto de apoderarse de sus cuerpos y atormentarlos visiblemente. Esto duró hasta que se instituyeron en toda la órden procesiones y preces públicas á Dios y á su santa madre, á quien se cantaba todos los dias la salve; antifona que le agradó tanto, que al punto cesaron las porfiadas persecuciones de los espíritus malignos y fueron ahuyentados todos los que habian entrado en los cuerpos. Lo mas notable fué la incomparable bondad con que se dignó de asistir cuando los religiosos cantaban la salve, porque algunos advirtieron que al entonar en el coro las palabras *o dulcis virgo Maria* ella bajaba cariñosamente la cabeza como para saludarlos á todos, y en cuanto se retiraban, se remontaba otra vez hácia el cielo.

XI. Me parece que no queda ya que decir mas que dos palabras para consuelo de aquellos que quisieran saber tal vez cómo han sido tan abatidos y debilitados los demonios, cuando vemos diariamente los estragos que hacen no solo derribando á los mas alentados, sino conquistando las provincias y los reinos y sujetándolos á sus leyes. Hace mas de mil y doscientos años que res-

pondió S. Agustin á esta misma objecion (1) diciendo en primer lugar que acaso se detendrian los que la hacen, si hubieran visto cómo aquellos espíritus desenfrenados trataban y gobernaban el mundo antes de la venida del Salvador. Pero si les parece que aun tienen demasiado poder, recuerden que esa es mas bien una prueba de nuestro poco ánimo que de su gran fortaleza. «El diablo, dice el santo doctor, es un alano encadenado, que puede ladrar desde lejos y enseñar los dientes; pero no morder si uno no se acerca á él.» Acuérdense que guarda la entrada de los tesoros, que está oculto bajo de las sombrías parras de los deleites mundanos y que acecha á los que tratan de encaramarse á los altísimos montes de la ambicion. Si cuando nos acercamos para cavar debajo de sus pies y acometerle en su terreno, recibimos algun golpe de sus garras ó alguna dentellada; ¿de quién deberemos de quejarnos mas que de nosotros mismos, que adrede vamos á buscarle? Huyamos de esas ocasiones peligrosas; alejémonos de su guarida; mantengámonos cerca de la que le derribó y venció; y no solo nos burlaremos de sus alaridos, sino que tomaremos parte en las victorias de esta señora y bendeciremos eternamente á los que redujeron nuestro enemigo á tal estado.

S. VIII.—Segunda victoria ganada por la madre de Dios á los mágicos, hechiceros y otros tales enemigos de su hijo y suyos.

I. Cuando un valiente capitán ha roto la vanguardia del ejército enemigo y derrotado al primer escuadrón, que por lo comun se compone de los soldados mas esforzados y generosos, los que vienen detrás, no viendo sino montones de cadáveres y arroyos de sangre se amedren-

(1) Serm. 477 de tempore.